

JOHNNY SE HAIDO

Jase Luis Urrutia

CAPÍTULO UNO

Cuando recuerdo aquel momento —que es muy a menudo, por cierto— siempre pienso que me gustaría haber tenido frente a mí una cámara fotográfica que recogiera el gesto de asombro, o de estupor, o de incredulidad, o de terror, que tuvo que dibujarse en mi cara cuando me senté ante este mismo ordenador y descubrí aquella tragedia literaria.

Al principio, en un ataque de desconcierto mental, se me pasó por la cabeza telefonar a la policía autónoma, o a la Dya, o al defensor del pueblo, es decir, a cualquier persona o estamento que pudiera auxiliarme en aquel primer momento de confusión. Confieso que incluso descolgué el auricular y marqué el 003 para solicitar el número de Paco Lobatón, pero tras oír la cantarina voz de la posición 2-5-2-5 colgué con resignación.

Cuando mi compañera regresó a casa me encontró desparramado en el sofá, envuelto en un inusual silencio. Con gesto de preocupación se sentó a mi lado, diciendo dulcemente: «Advierto en tus mejillas los ecos de un cercano llanto. ¿Puedo ayudarte a desterrar esa pena que te invade?». Bueno, si he de ser sincero, se sentó a mi derecha con un elocuente y medido suspiro y preguntó: «¿Qué te pasa ahora?». La miré a los ojos muy fijamente, con una de esas miradas que miran más allá de la persona; al cabo de unos segundos respondí lacónicamente: «Johnny se ha ido». Ella enderezó la espalda, echó levemente hacia atrás la cabeza y me observó como si no fuera capaz de creer lo que acababa de decirle.

«Es cierto —insistí—, Johnny se ha ido». Su respuesta prefiero omitirla. Se incorporó y se encerró en el dormitorio. No entendí su reacción. ¿Tanto le molestaba que Johnny se hubiera ido? Me encogí de hombros. Me dolió que no se solidarizara con mi angustia, que no me consolara, que no se sentara a mi lado para intentar encontrar entre los dos una solución. Reconocí que llegar a casa después de siete horas de estar encerrada en una oficina repasando números y ser recibida con aquella noticia no era como para ponerse a bailar una jota, pero tampoco para ponerse así. Ojalá yo

hubiera podido decirle que había escrito veinte folios esa mañana, pero por desgracia ésa no era la realidad. La realidad, la trágica realidad era que el protagonista masculino de la novela que estaba escribiendo en aquellos días se había fugado de mis páginas, y eso para mí, como escritor aficionado que era por aquel entonces, constituía un verdadero desastre. Jamás había experimentado una sensación tan grande de incredulidad y de pavor como la que me invadió en el momento de sentarme ante la pantalla y advertir su ausencia. Le busqué página a página, le busqué después en el archivo del disco de seguridad, luego entre el montón de folios, en el cajón de los apuntes, en el cubilete de los bolígrafos, entre los discos, en la impresora, por los armarios, y todo resultó inútil: Johnny se había largado.

Reconozco que esto que estoy contando pueda resultar increíble, pero por muy increíble que sea o parezca, no puedo dejar de proclamar su veracidad, y para intentar demostrarla voy a proceder al relato de lo sucedido en aquellos días y en los posteriores, en la esperanza de obtener la comprensión y el reconocimiento, aunque sea anónimo, de quien llegue a leer estas líneas.

La verdad es que no sé por dónde empezar. Es como ir a urgencias de un hospital sin saber explicar cómo te has hecho la herida.

Todo tuvo su origen en una madrugada fría del mes de enero en la ciudad de Segovia. Miguelángel, Iñigo y yo habíamos acudido allí a recoger un premio de cuentos ganado por un amigo común, cubano él, que por razones de tiempo y disponibilidad económica no pudo desplazarse para hacerlo personalmente. Tras la ceremonia (quinteto de cuerda con varios bises, sermón del secretario de cultura, entrega de diplomas y placas, aplausos y palabras emocionadas de los premiados, salvo nuestro cubano, en cuyo nombre habló Miguelángel) se celebró un pequeño pero sabroso *lunch* en el que, como era previsible, el bueno de Miguelángel se lió a hablar de literatura con todo aquel que mostrara tener un poco de interés, e Iñigo y yo nos pusimos hasta la bola de tortilla y aceitunas entre chiste y carcajada. Pasadas las diez de la noche tomamos aposento en un hotel del centro, y tras una cena frugal y un paseo por todos los cafés y *pubs* de la zona acabamos sentándonos en el piso alto de una cafetería de la plaza Mayor, y ahí fue donde todo comenzó. Miguelángel (lo escribo así por ser ésta la manera en que él escribe su nombre), posiblemente harto del rosario de insustancialidades que mi primo y yo habíamos hilvanado a lo largo de toda

la noche, arrugó el morro y, como si acabara de llegar, dijo: «¿Os he hablado alguna vez de una chica de Valencia que me escribe historias incompletas?». Los dos negamos. Entonces se acomodó, apoyó un codo en la mesa, el mentón en la mano de ese codo y, revolviendo con la otra su café con leche, se explicó.

—Pues la muchacha ésta me envió hace un mes una especie de novela en la que la protagonista huye de su casa porque el marido le daba mala vida, y busca ayuda en un antiguo novio de juventud. —Silencio de dos minutos, propio, por otra parte, de Miguelángel—. Es una cosa... ¿cómo os lo diría? Con mucha fuerza latente, pero le falta... le falta... vitalidad, relación humana.

Se siguió explicando durante quince minutos más, intercalando tres o cuatro silencios, en uno de los cuales temimos que se había quedado dormido. Tras su relato, los tres comenzamos a prolongar la historia, vestir a los personajes, a darles personalidad, a ubicarles en el tiempo y el espacio, y ahí fue precisamente donde surgió la mayor discrepancia. «¿Cómo que Johnny es irlandés?» exclamé sorprendido. «¿Y por qué no?» increpó Miguelángel. «Yo no le veo problema a que sea irlandés» argumentó Iñigo. La discusión continuó al día siguiente, durante el viaje de vuelta a Bilbao, y al otro, y todos aquellos días que nos reuníamos para hacer que hablábamos de arte. Las dos partes nos manteníamos firmes en nuestras respectivas posiciones, así que un viernes tomé la determinación de convencerles de la forma más directa: darles el personaje ubicado en la península ibérica, con costumbres y actitudes propias de un ciudadano nacido y residente en ella. No cambié su nombre, ni la trama original de la historia, pero le puse domicilio estable en Logroño, ni más ni menos, olvidándome de nombres pintorescos, pronunciados con la boca torcida. Desarrollé la trama tal y como surgió en la noche segoviana. Todo era idéntico: el amor de juventud, la aparición de un hombre maduro, interesante, educado, con despacho propio e ingresos cuantiosos, el distanciamiento de la pareja, el acercamiento de ella al millonario, la boda posterior y los primeros años de deslumbramiento, la apatía que llegó después, el deterioro de la relación, los malos tratos, la desesperación de ella, el reencuentro con Johnny, la decisión de irse de casa... Una sinopsis de siete páginas que les dejó sorprendidos y que provocó un debate intenso y dinámico. Miguelángel censuró que desechara su idea de nacionalizar a Johnny en Irlanda, y aún más que le hubiera otorgado un protagonismo tal que incluso eclipsaba el de la propia

protagonista original. Yo argumenté que el verdadero gancho de la novela debía ser el chico abandonado por su novia y repescado años más tarde por ésta. El interés estaba en el joven enamorado y abandonado, en su sufrimiento, en su padecer, en su vida tras la ruptura. Miguelángel seguía sin verlo y sin querer verlo. Iñigo, como era habitual en él, se perdió enseguida, sin saber decidir qué versión le gustaba más. «¿Tu amiga va a continuar con la novela?» pregunté. «No, no creo —respondió Miguelángel—, nunca acaba las novelas que empieza. Es así de rara» «Entonces, con tu permiso, la voy a continuar yo» dije. «¿Por qué?» «Porque me gusta» «Como tú quieras —dijo Miguelángel encogiéndose de hombros con su gesto de oso bueno—, pero a Johnny hazlo irlandés» «Johnny es riojano y riojano se va a quedar», protesté. «Juan Luis —dijo Iñigo—, ¿no crees que hacerle irlandés le daría más, no sé, personalidad?». Le miré fijamente. «No voy a recurrir a la tontería de hacerle extranjero para hacerle más alto, más guapo, más inteligente... Mi Johnny es riojano y también es todo eso: alto, guapo e inteligente, así que se acabó el tema. Es mi novela, es mi Johnny» «Cuidado —intervino Miguelángel enviando a Iñigo una mirada y una sonrisa cargadas de sarcasmo—, ya habla de él como de “su” Johnny». Aquello, sumado al interés que el argumento ya había sembrado en mí, hicieron que me tomara el asunto de la novela como un reto personal.

Al día siguiente me dispuse a desarrollar la sinopsis que les había presentado. Antes de sentarme ante el ordenador decidí montar en mi cabeza el perfil de cada personaje y la estructura de los primeros capítulos.

Poco a poco la historia me fue absorbiendo. Hablaba en voz alta mientras tomaba notas, sudaba viviendo las escenas más dramáticas, me despertaba por las noches soñando con la novela y me levantaba sin dudarlo para sentarme ante el ordenador y escribir diálogos, capítulos sueltos que más tarde, en su momento, iría casando. Lo importante en esos momentos era ir recopilando información e instantes, sin importar una continuidad. Mi novela iba a ser una novela de caracteres rocosos, de situaciones explosivas, de pasiones volcánicas, de dolores insufribles, intensos como tormentas.

Como es fácil de entender, esa actitud me trajo problemas caseros, pero tras una discusión que, por fortuna, ambos supimos reconducir hacia una solución amistosa, recibí apoyo en forma de dos meses de confianza, tras los cuales se hablaría seriamente del tema. La besé con furia latina en

los labios y corrí hacia mi despachito, a mi silla giratoria, a mi maravilloso Mac, a mi historia. Lo último que oí de mi compañera aquel día fue el portazo que dio poco después.

Me pasaba horas y horas sin probar bocado, tan sólo con un vaso de agua o alguna que otra taza de té que había sobrado del día anterior. Me imbuía de tal forma en las páginas que me parecía estar corriendo por la ciudad, visitando cada cierto tiempo a cada uno de los personajes: a Johnny, a Andrea, al millonario, al padre de Andrea, al abogado de Johnny, al abogado del millonario... Los capítulos, aunque inconexos, se sucedían a velocidades vertiginosas, si bien es verdad que el ritmo de borrado de páginas era parejo al de mi escritura. En aquel arranque no conseguía plasmar lo que bullía en mi cabeza, mas no por ello flaqueaba ni un solo segundo. Lo verdaderamente importante era que la historia estaba ideada, tan sólo restaba que la pusiera por escrito.

Cuando encontré el trampolín que necesitaba para lanzar el relato, escribí treinta páginas de un tirón. Treinta páginas que me gustaron. Si había sido capaz de aquello, sería capaz de seguir con el resto. Solté un aullido de triunfo, que fue respondido, acto seguido, por Nati, que desde el dormitorio me hizo saber que eran las tres de la madrugada y que se levantaba a las siete para ir a —recalcó con retintín— trabajar.

El último capítulo que escribí aquella noche hablaba de la dolida confesión de Andrea: «Sí, Johnny, he conocido a otra persona, y creo que estoy enamorada, no lo sé, me siento muy confusa. Lo siento, Johnny, lo siento en el alma», y de la honesta respuesta de él: «Ya ves que estaba en lo cierto. Ahora tranquilízate, amor mío, no te preocupes por mí. Procura descansar esta noche y mañana hablaremos con más tranquilidad». Pero a la mañana siguiente Johnny se había fugado de su piso y de mis páginas. Nos había plantado a los dos. A partir de aquel momento todos los demás personajes carecieron de importancia para mí. Johnny era mi personaje favorito, era el verdadero protagonista de aquella historia. El eje, el motor, el epicentro. Mi héroe. Por un momento pensé que aún me encontraba en la cama y que estaba soñando, pero no, no era así. Escruté la página en el ordenador. Tal vez había leído mal, o muy deprisa, o quizá había leído páginas desechadas.

Me dolió constatar que había leído bien. Revisé la carpeta azul en la que guardaba los folios impresos y válidos. Folio por folio fui convenciéndome de que mi personaje no estaba. Levanté la vista y la perdí en el espacio, en un punto inconcreto entre mi escritorio y la estantería cargada de libros del otro lado del salón. Mi entendimiento se iba rindiendo en una especie de blanda y nebulosa resignación. Johnny había desaparecido, sí, pero ¿cómo?, ¿por qué? Me pregunté si a alguien más le habría ocurrido lo mismo. No me imaginaba a García Márquez, a Paul Auster, a Carmen Asensi o a mi admirado Vázquez Figueroa en mi estrambótica situación. No me imaginaba a Margaret Mitchell levantándose una mañana, revisar sus escritos y preguntarse extrañada: «¿Dónde se habrá metido este diablillo de Scarlata O'Hara?». Y si en alguna ocasión les había ocurrido algo así, bien calladito se lo tenían, porque yo no recordaba haber oído jamás algo similar, y mira que en los últimos años había conocido cosas extrañas de boca de Miguelángel, quien, aparte de tremendamente culto, era un cajón abierto del que continuamente surgían sorpresas, chismes, curiosidades y anécdotas relacionadas con sus dos grandes pasiones: la literatura y el cine. Me tensé como un perro de caza ante la presa detectada. Miguelángel. Me levanté de la silla y corrí hacia el teléfono fijo. Marcados tres dígitos me detuve. No debía precipitarme. Confesarle que Johnny había huido de mis páginas era condenarme a ser objeto de chan- za por mucho tiempo. Imaginé su humor lacerante: «Se habrá ido porque quería ser irlandés» «Habrá considerado que era un personaje demasiado importante para un escritor aficionado». Colgué. Recorrí con la vista cada rincón de aquella estancia. Luego me lancé a buscar a Johnny por todos lados, por cada rincón de la casa. Tras fracasar, y tras no encontrar en Nati el apoyo esperado, dos días después telefoneé a Miguelángel.

—Dígame...

—Miguel, oye, soy yo, Juan Luis. Te quiero hacer una pregunta.

—Tú dirás.

—Oye, ¿está Johnny por ahí?

—Yo sólo conozco a un Johnny, y por aquí no ha venido.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también.

—Venga, dime. ¿Está por ahí? Falta de casa hace dos días.

—¿Qué es eso de que falta de casa hace dos días? Explicáte porque me parece que te ha dado mucho el sol —dijo alterando la voz en su tono

jocoso, pero serio—. A ver si me vas a decir ahora que el Johnny que tú y yo conocemos ha cogido las maletas y ha tomado las de Villadiego.

—Precisamente.

Silencio.

—Pues te puedo asegurar que por aquí no ha venido. Yo de ti le buscaría en Irlanda. Ya sabes que él siempre quiso ser irlandés.

Le colgué bruscamente, entre un rosario de improperios. Pensé en hacer lo mismo con Iñigo (telefonarle, no acordarme de sus muertos), aunque luego pensé: «¿Para qué?, si posiblemente no sepa ni dónde está él». Cuando Nati apareció dejó el bolso sobre el sofá y, haciendo un esfuerzo, sonrió para decir: «¿Qué, ya ha aparecido el muchacho?». La miré elevando los ojos, percatándome de su sorna, y no le respondí. Más tarde, mientras comíamos, comentó: «Sólo te queda un mes de plazo. Ya te puedes dar prisa en encontrarle». Pero para entonces yo llevaba ya diez minutos dándole vueltas a una frase de Miguelángel: «Le buscaría en Irlanda... Le buscaría en Irlanda... Le buscaría en Irlanda...».

—¡Me voy! —proferí soltando la cuchara.

—¡Pero ¿tú eres tonto o qué?! —exclamó Nati incorporándose de un brinco, con las mejillas súbitamente encendidas.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué has pegado ese grito? ¡Me voy, me voy, me voy! Me has asustado. Parece que estás loco, chico. Qué temporada llevas...

—Perdona —balbuceé—. No he querido asustarte.

Entró en la cocina, para regresar poco después con el segundo plato. Serví un poco más de agua y continuamos comiendo en silencio. Poco antes del postre me miró con la más enojada de sus miradas, preguntándome: «Y bien, ¿no me lo vas a decir?».

—¿El qué? —pregunté a mi vez.

—Pues qué va a ser. El cómo, el cuándo y el adónde te vas.

—Pues en coche, hoy mismo y a Logroño.

Me miró sin decir palabra, acabó su mandarina, se incorporó, salió de la sala, hizo un pis, se lavó los dientes, se puso la gabardina y se despidió con un escueto «Buen viaje».